

mundo apasionante de la ficción histórica, un universo que tiene en García Gual a uno de sus más firmes defensores.

**Saúl Garnelo Merayo**

**José María Balcells, *Ilimitada Voz (antología de poetas españolas, 1940-2002)*, Cádiz, (Servicio de Publicaciones) 2003, 456 pp.**

Una vez más, José María Balcells, Catedrático de Literatura Española de la Universidad de León, vuelve a dar muestras de su pericia como investigador al afrontar, con un evidente rigor filológico, uno de los retos pendientes en el panorama crítico español del siglo XX: una muy seria y laboriosa antologización de la poesía española escrita por mujeres en las últimas décadas. Si bien en los años ochenta se percibe un cambio de actitud hacia este campo gracias, en buena medida, al mundo editorial, periodístico y universitario, Balcells señala que esta reparación no se llevó a cabo en los términos deseados. Para el estudioso, las antologías siguieron ignorando la labor creativa de estas poetas y cuando, excepcionalmente, se incluían eran siempre las mismas figuras las que focalizaban el interés. El autor, por tanto, se propone derribar el muro de silencio que la crítica especializada ha levantado sobre estas creadoras.

La antología se abre con una extensa introducción, en modo alguno gratuita. En ella, se explicitan algunas de las causas que han conformado este panorama incomprensible. La publicación tardía respecto a sus compañeros poetas podría explicar esta desatención ya que les impide beneficiarse de las ventajas que trae consigo la emergencia de un nuevo grupo poético. Sin embargo, el autor advierte de que esto no aclararía el caso de las poetas del 27 que publicaron al mismo tiempo que sus coetáneos compañeros. Esta publicación desfasada, cuando otros grupos poéticos con estéticas diferentes ya están asentados, ha hecho que se baraje la posibilidad de un estudio de estas poetas con criterios metodológicos propios. Balcells considera este enfoque carente de operatividad en el momento actual y, en los casos en los que tuvo alguna relevancia, lo va a analizar de forma concreta.

Los textos seleccionados pertenecen a cinco generaciones que el investigador organiza de acuerdo a un criterio temporal. De este modo, se abarcan más de sesenta años, desde la promoción del 27 hasta las escritoras más recientes.

Las llamadas “poetas del 27” abren, pues, la nómina de creadoras cuyos rasgos poéticos se sintetizan en las páginas introductorias. Con ellas, el autor trata de demostrar que la senda del buen quehacer poético actual tiene ilustres antecedentes en Concha Méndez, Ernestina de Champourcín, Josefina de la Torre y Rosa Chacel. Balcells sintetiza las notas comunes para, a continuación, trazar la singularidad de cada una de ellas. Entre los factores que las unifican se

alude a la publicación temprana de sus poemarios, a su procedencia burguesa, a su notable perfil cultural e intelectual o a las consecuencias, en forma de exilio interior o exterior, que les ocasionó la guerra civil. La alternancia de momentos de efervescencia creativa con largos silencios, unido a un aprendizaje, diverso en cada caso, en la corriente modernista y en la obra de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez son otros de sus rasgos específicos. Luego, cada una tomará una senda propia: Concha Méndez cultivó la línea neopopular al modo culto de Lorca y Alberti; Ernestina de Champourcín se decantó por una temática religiosa; Josefina de la Torre fue un ejemplo vital y literario de los valores reivindicados por la vanguardia (deporte, baile, imágenes cubistas...) y Rosa Chacel, en unos años en los que predominaba una literatura testimonial, siguió los postulados neogongorinos.

En el siguiente grupo se encuentran las poetas pertenecientes a la primera promoción de posguerra. Señala Balcells la escasa influencia del “garcilismo”, aunque lo que, a su juicio, determinó su producción fue la corriente rehumanizadora de la lírica iniciada con *Espadaña*; *Sombra del paraíso*, de Vicente Aleixandre e *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso. Entre las escritoras referidas, destaca Carmen Conde y su canto al amor y a la vida, pese a las circunstancias personales e históricas que le tocó vivir; Elena Martín Vivaldi, que exhibe un gran manejo del soneto y de todos los resortes de la canción popular; Ángela Figuera, voz que se alza contra la situación marginal de la mujer en la posguerra o Gloria Fuertes que adoptó rasgos del Postismo (humor y juego lúdico con el lenguaje) y los puso al servicio de una poesía comprometida contra las injusticias de la dictadura.

Aquellas autoras nacidas a partir de 1925 se engloban bajo el membrete “Poetas del medio siglo” y lo singular para Balcells es que sus versos no se reducen a una temática social y testimonial propia de la época, sino que contienen elementos específicos. Sirvan como ejemplos Julia Uceda (vertiente existencial de la que emerge, en ocasiones, una postura agnóstica); Elena Andrés (esoterismo tratado desde una óptica irónica) o Francisca Aguirre (importancia de la música como un modo para entender la realidad en torno). Los poemas de ésta y de otras poetas como María Victoria Atencia o Dionisia García, reflejan la sensibilidad culturalista de los años setenta fruto de la publicación tardía antes aludida.

Tras el epígrafe “Los años sesenta y setenta”, el investigador incluye a las nacidas entre la guerra civil y los comienzos de los años cincuenta. En función de las fechas de publicación, distingue dos grupos: las que publican en la segunda mitad de los sesenta y aquellas otras que lo hacen en la década del setenta. De nuevo, estamos ante una diversidad de orientaciones (metapoesía, neosurrealismo, etc.) matizadas por una voz personalísima en cada caso. Mención especial le merece al autor la variada trayectoria de Clara Janés con un cultivo de la poesía del silencio, ecos surrealistas y postistas, indagaciones metapoéticas,

etc. Otros miembros son Ana María Navales, Ana María Moix o Paloma Palao que escribe versos de hondo dramatismo oculta tras un alter ego que simboliza las dificultades de la vida y cuyo libro *Contemplación del destierro* (1982) ha sido calificado por Balcells como “una de las creaciones poéticas más interesantes del tercio final del siglo XX” (p. 44).

La introducción prosigue con las promociones de los años ochenta. Balcells pone de relieve la pluralidad de tendencias, aunque percibe aspectos comunes como la no participación en el renacer de la métrica clásica española, uno de los considerados rasgos típicos de este período. Se diferencian dos grupos: aquellas poetas que empiezan a publicar en la presente década y las nacidas a partir del segundo lustro de los cincuenta y en la década de los sesenta. Entre las primeras aparece Ana Rossetti, que reivindica el deseo sexual de la mujer y se rebela frente al catolicismo tradicional de su infancia gaditana; Carmen Busmayor, cuyos versos suponen una mirada nostálgica a la infancia u Olvido García Valdés y su poética centrada en la percepción sensorial. En el segundo grupo, Balcells estudia entre otras a María José Flores, representante de la poética del silencio caracterizada por una desnudez expresiva y la búsqueda de la palabra esencial; Inmaculada Mengíbar, en la línea de la poesía de la experiencia o Isla Correyero cuyas creaciones pivotan sobre el tema de la muerte y que, en palabras del autor, son “una resuelta indagación de los límites psíquicos a fin de causar emociones extremas y agudos estremecimientos anímicos, susceptibles de resolverse en sendas optimizaciones, la de la conciencia ética y la de la sensibilidad humana” (p. 66).

El último apartado introductorio lleva como título “Década final y cambio de siglo”. En él, Balcells percibe un mayor eclecticismo, ya que muchas poetas tratan de desmarcarse de las corrientes ya establecidas: desde el cultivo de la tradición china y andalusí a la sátira de la ciencia y de sus lenguajes pasando por indagaciones metapoéticas o poesía de la experiencia. Aquí se encuentran algunas de las narradoras actuales más conocidas, como Ángela Vallvey, Lucía Etxebarria y Espido Freire. Otro terceto, el formado por Tina Suárez, Carmen Jodrá Davó y Esther Jiménez, está unificado en torno a la práctica de una intertextualidad paródica (versos, comics, canciones, referencias cinematográficas...). Singular es también la labor de Miriam Reyes con una subversión del tratamiento clásico de algunos temas. La sensibilidad del lector es sacudida por un lenguaje descarnado en donde se celebra el aborto y el amor se reduce a impulsos mecánicos y salvajes.

Este completo panorama se redondea con una selecta bibliografía general en la que el interesado tiene una valiosa herramienta para continuar el generoso rescate iniciado por José María Balcells. A continuación, se suceden los poemas, los verdaderos protagonistas de este arduo trabajo, tanto en la selección como en el análisis, que se hacían merecedores de un reconocimiento de este calado. Sólo

nos queda desear que estas voces encuentren territorios tan “ilimitados” como los que proporciona esta antología.

**Saúl Garnelo Merayo**

**Santos Alonso, *La novela española en el fin de Siglo (1975-2001)*, Madrid (Marenostrum) 2003, 327 pp.**

Es un hecho contrastado el que, en la actualidad, una gran parte de las personas que optan por dedicar un tiempo a la lectura lo hacen de la mano de una novela. La identificación de los lectores con este género literario proporciona un interesante ámbito de trabajo donde Santos Alonso vuelva a dejar constancia de su erudición y rigor investigador.

La obra que nos ocupa se abre con un prólogo de gran enjundia en el que el autor sienta las bases de su proceder. Así, ha tratado de aunar las dos facetas que identifican a un crítico literario riguroso: por un lado, el análisis objetivo (crítica académica) apoyado en la historia y en la teoría literaria para analizar, tanto el período en que aparece la obra, como el marco genérico en el que se integra y sus distintos componentes narratológicos. Por otro, cree necesario como complemento la llamada crítica periodística basada en la intuición y la opinión subjetiva.

Siendo fiel a estas ideas, Alonso revisa en el primer capítulo algunas de las claves que han contribuido a la eclosión de la novela. Particularmente, incide en el nuevo estatus de la cultura convertida ahora en base para conocer lo que ocurre a nuestro alrededor, una vez abandonada la aureola negativa que la vinculaba a la acción reivindicativa en la etapa del franquismo. Queremos destacar positivamente el atrevimiento con que el autor pone el dedo en la llaga en algunos problemas que, a su juicio, configuran un panorama literario engañoso. En concreto, Alonso alza la voz contra la presencia subyugante de la economía y el mercado que motiva que la calidad de un libro no se mida en términos estrictamente artísticos, sino en función de parámetros comerciales como el nivel de ventas. De la misma manera, el conocimiento de un escritor ya no radica en el número de lectores; lo que los lanza a la fama es el número de ejemplares vendidos. Esta situación, según el autor, explicaría el éxito de la literatura para mujeres, dado que éstas son las principales consumidoras del género novelístico.

Si a todos estos factores le sumamos el arrinconamiento que están sufriendo las humanidades por parte de los diferentes sistemas educativos y la influencia negativa de los medios audiovisuales, un panorama pesimista se cierne sobre el mundo literario: los editores han convertido la literatura en un negocio, el escritor sólo busca el éxito fácil y buena parte de los críticos se caracterizan por una falta de independencia y rigor. Ahora bien, Alonso también percibe motivos pa-